

Apuntes para hablar de solidaridad: una pregunta íntima, una acción pública

Notes to speak of solidarity: An intimate question, a public action

Claudia Cristina Amariles Mejía¹

cristina.amariles@gmail.com

Resumen. La solidaridad es el eje central promulgado en el sector de la economía solidaria en Medellín y en general en Colombia; sin embargo, muchas veces no es clara la concepción de solidaridad que se promulga. Este escrito es un intento de acercamiento a la concepción de solidaridad y a su relación con la otra economía, en el cual se conjugan la experiencia en los procesos educativos del sector, el diálogo con autores y las reflexiones personales sobre el tema. Esta reflexión está abierta al debate, a la discusión y a seguir construyéndola de manera colectiva.

Palabras clave: solidaridad, economía social y solidaria, construcción colectiva, política, intimidad, diferencia.

Abstract. Solidarity is the backbone value of the Social Economy in Medellín and also in Colombia; however, the concept of solidarity is often not clear to the ones who use it. This paper is an attempt to approach the concept of solidarity and its relationship with an alternative economy. It brings together the experience of educational processes of the sector, a dialog with authors and personal contributions on the topic. This reflection is open for debate and continuous collective construction.

Keywords: solidarity, social and solidarity economy, collective construction, politics, intimacy, difference.



Pablo Picasso, *La mujer que llora*, 1937.

*¿Por qué decir nombres de dioses, astros,
espumas de un océano invisible,
polen de los jardines más remotos?*

*Si nos duele la vida, si cada día llega
desgarrando la entraña, si cada noche cae
convulsa, asesinada.*

*Si nos duele el dolor en alguien, en un hombre
al que no conocemos, pero está
presente a todas horas y es la víctima
y el enemigo y el amor y todo
lo que nos falta para ser enteros.*

*Nunca digas que es tuya la tiniebla,
no te bebas de un sorbo la alegría.*

*Mira a tu alrededor: hay otro, siempre hay otro.
Lo que él respira es lo que a ti te asfixia,
lo que come es tu hambre.*

Muere con la mitad más pura de tu muerte.

El Otro, Rosario Castellanos

¹ Universidad Nacional de General Sarmiento. Juan María Gutiérrez 1150, 1613 Los Polvorines, Buenos Aires, Argentina.

Introducción

Este artículo hace parte la investigación *Concepciones y prácticas de educación en el sector solidario de la ciudad de Medellín*² y tiene la intención de hacer unos apuntes sobre los bemoles que tiene hablar de la solidaridad. En su poema, Rosario Castellanos hace una introducción, en la que se puede reconocer la solidaridad como ese encuentro con el rostro del otro, con la diferencia, el sufrimiento, como un asunto fundamental para su emergencia en el lazo social.

Este texto es el resultado de escuchar hablar continuamente, en la ciudad de Medellín y en general en Colombia, de la importancia de la solidaridad como pilar fundamental de la economía solidaria. Sin embargo, es un discurso que se ha analizado poco o se deja por sentado que hay un acuerdo frente a la concepción de solidaridad; por lo tanto es fundamental ser más rigurosos teóricamente y al tiempo debatir sobre como, en las prácticas cotidianas y organizacionales, se vive dicha solidaridad. Esto es importante, ya que la solidaridad es uno de los factores diferenciadores, además que tiene relación directa con la sostenibilidad política y económica por la que propende la economía solidaria. Esta pregunta interpela el hecho de que estar en una cooperativa o proyecto asociativo signifique que las personas sean solidarias, es decir, que haya una consciencia de lo que eso implica personal y políticamente.

Esta reflexión está abierta al debate, ya que es una pregunta personal que he venido apoyando en diferentes autores que, aunque no hablan directamente de solidaridad, sí permiten su discusión y su complementariedad. Ellos son: Freud, Levinas, Arendt, Nussbaum, Luna y Aristóteles.

En primer lugar, el escrito plantea como tesis central que la solidaridad es una pregunta íntima y una acción política, es decir, lo subjetivo y lo público son una complementariedad propia de esta apuesta; en el desarrollo de esta afirmación, luego hay una claridad en la diferenciación entre la solidaridad y el altruismo. Posteriormente se apoya en el psicoanálisis para plantear como la necesidad humana de un otro para sobrevivir no significa que el lazo social construido sea solidario, ya que dicho lazo lo que requiere es un límite a la destruc-

ción entre semejantes, lo que puede darse por medio de otros mecanismos (el miedo, la represión, la coerción, entre otros) no solidarios. En esta vía, otro argumento es que para ser solidario es necesario un hábito virtuoso, una mirada ética de cualquier acción que implique el encuentro con el otro, ver el rostro del otro (su dolor y su vulnerabilidad), y ello implica una relación simbólica que reconoce y respeta la diferencia, y construye desde allí. Y el último argumento del escrito es como luego de este cambio en lo íntimo, de ver el rostro del otro, de sentir su dolor como propio, tiene más sentido y mayor contundencia la acción en lo público, siendo una solidaridad que efectivamente reconoce las personas, no que se queda en la acción solidaria desde lo epidérmico y/o lo retórico.

La solidaridad, una pregunta en lo íntimo, una acción en lo público

La tesis de este escrito es que la solidaridad es una pregunta ética que se manifiesta en la intimidad de las personas y al tiempo es una acción que se evidencia en lo público como apuesta política y transformadora. Así, la lucha por lo público no puede negar la esfera íntima, el encuentro consigo mismo, los cambios subjetivos en la relación con otros; para lograr transformaciones en lo público es necesario pensarse como sujeto. Un sujeto político solidario es aquel que cree que la obtención de una vida con dignidad es una construcción social que se mueve en los planos de la intimidad y de lo público: “Es cierto que el sujeto político tiene como escenario privilegiado la esfera pública, donde gestiona, se moviliza, interactúa con otros, construye o derrumba estructuras. Pero no es el único espacio donde se configura, también en la esfera privada, aunque es en la esfera pública donde aparece, se fortalece y actúa” (Atehortua Rivera, 2009, p. 61).

La intimidad no solamente es una experiencia importante en la configuración de la subjetividad, sino que también tiene estrecha relación con el modo en que los sujetos experimentan lo público (Luna, 2006). Lo anterior aporta a la comprensión de lo solidario como una pregunta desde lo íntimo que se proyecta en lo público, lo que permite, a su vez, la reflexión sobre la coherencia en el encuentro

² Requisito para optar al título de magister en Educación y Desarrollo Humano, de la Universidad de Manizales y el CINDE. Colombia, 2014.

entre el discurso y la acción solidaria. La intimidad no es un asunto de identidad con el otro, sino precisamente ese lugar de diferencia donde el sujeto se encuentra consigo mismo, se reconoce. A ello se debe esta unión, ya que no es posible establecer un lazo con el sufrimiento del otro si en primer lugar no hay un reconocimiento del dolor propio.

La intimidad se presenta aquí como ámbito de diferenciación del sujeto respecto a otros, pero también del sujeto y sus modos de relacionarse. Las relaciones íntimas, al estar constituidas por sujetos diferentes, generan en ellos la conciencia de su propia diferenciación. Existirían entonces formas infinitas de relaciones íntimas, en tanto las relaciones son un suceder en la diferenciación progresiva de quienes en ellas participan, y de esa relación con otras. Podría pensarse que en la intimidad no nos encontramos con otros y otras precisamente para asemejarnos, sino más bien para diferenciarnos (Luna, 2006, p. 107).

El reconocimiento de la diferencia desde lo íntimo, aquello que es propio de cada ser, permite que en la discusión de lo público se evidencien nuevos lugares; en otras palabras, cuando lo colectivo tiene un lugar preponderante, y los sujetos como sujetos íntimos no tienen cabida, la construcción colectiva se hace desde una única mirada, desde la negación de la diversidad, y se va constituyendo en una certeza. Por ello, cuando se habla de solidaridad en este texto, indiscutiblemente se le da un lugar a ese ser íntimo, a la diferencia. Pensar la construcción con otros desde el reconocimiento de su dolor y su vulnerabilidad conlleva el reconocimiento de su subjetividad en lo íntimo, lo que potencia una construcción colectiva más compleja y cercana y admite la diferencia en lugar de anularla.

El hecho solidario es una construcción con el diferente, un encuentro intersubjetivo en el que es necesario ceder para llegar a acuerdos, pues cuando se construye consenso no es posible imponer una postura, se requiere flexibilidad y apertura al cambio; está hecho de relaciones complejas que implican el reconocimiento del ser íntimo y, a su vez, generan un límite, para poder encontrarse con otro ser íntimo y construir un lugar común. Para actuar en lo público con autonomía y claridad se hace necesario que previamente haya una pregunta por sí mismo; al pensarse como actor social, la acción en lo público no queda reducida a algo vacío.

Para ser solidario con el otro, es necesario primero reconocerse a sí mismo, que no es una

mirada egoísta sino que, al contrario, implica una claridad sobre la ética propia y sobre sí mismo que hace ineludible preguntarse por el semejante, lo que constituye *per se* una práctica de la libertad. Para cuidar de sí mismo el sujeto debe preguntarse por su subjetividad, esto es, responsabilizarse de sí, solo que por momentos se prefiere estar sujeto a las ataduras de la cultura y trasladar la responsabilidad al exterior, como dice Estanislao Zuleta: “Amamos las cadenas, los amos, las seguridades, porque nos evitan la angustia de la razón” (Zuleta, 1985). Los sujetos prefieren no involucrarse, no conocerse, no cuidarse, pasar la vida sin responsabilizarse de sus actos y sin preguntarse por los actos de los otros. Ser solidario se podría considerar como una decisión contundente por la libertad, esa libertad de hacerse cargo de sí y del otro.

Esta reflexión da lugar a cómo las organizaciones de economía social y solidaria realmente le dan un lugar a los sujetos, a cómo de manera íntima las personas están cuidando de sí, están potenciando sus capacidades, para abrirse a la construcción con el otro. Hacer parte de la construcción colectiva, de la apuesta pública, esta diversidad y diferencia propia de lo humano, se hace necesario, se requiere pensarlo como apuesta del sector; no es suficiente pensar la solidaridad como apuesta organizacional, si los sujetos no pasan por su cuerpo (por su intimidad) dicha acción solidaria.

La solidaridad no es altruismo

No se puede negar que las representaciones sociales de la solidaridad tienen una relación importante con esta mirada de ayuda al desvalido, pero es una solidaridad en la que se evidencia poco compromiso con el otro. En este caso, la solidaridad se reduce a la donación, en tanto entrega puntual de alguna ayuda, sin que ello implique responsabilidad respecto al otro y su situación. Pero la solidaridad, a diferencia de la caridad y del altruismo, es entendida no solo como la acción que viene a resarcir carencias, sino como la que potencia el vínculo social, enriquece la calidad de vida y puede ser ofrecida y recibida no solo en momentos de pobreza sino también de bienestar, para fortalecer a las comunidades y los colectivos. El ejercicio de la solidaridad debe respetar la determinación libre y voluntaria de las personas u organizaciones, en la que cada uno asume responsabilidades y goza de beneficios, desde el compromiso mutuo.

Este es un asunto que es necesario poner en evidencia cuando se propone pensar la solidaridad y, especialmente, dar cuenta de sus especificidades, debido a que no es fácil resignificar un concepto que se ha concebido en diversos escenarios como resarcirse con Dios mediante la ayuda a los más necesitados. Debe decirse que algunos procesos educativos han buscado distanciarse de esta concepción. Ello no ha sido fácil, pues prevalece, con mucha fuerza y determinación, la solidaridad como una ayuda al más necesitado, especialmente en momentos de crisis como el invierno, la violencia, los desastres naturales, entre otros. En estos casos abundan los llamados a la solidaridad de los medios de comunicación, el Estado y las organizaciones, siempre centrados en donaciones.

Esta solidaridad es efímera, pues se configura desde una identificación epidérmica con el otro, superficial, y a ella se responde sin un interés real por el otro, bajo la tendencia egoísta de calmar los deseos y miedos propios: "Cuanto más se debilita la religión del deber, más generosidad consumimos; cuanto más progresan los valores individualistas, más se multiplican las escenificaciones mediáticas de las buenas causas y más audiencia ganan [...] Se perfila una nueva era, que mezcla las tradicionales parejas de oposición combinando generosidad y *marketing*, ética y seducción, ideal y personalización" (Lipovetsky, 1994, p. 134). Una solidaridad del rating en la que los grandes beneficios son para los empresarios y los grandes monopolios, lo que convierte la desgracia de otros en un modo de acumular capital.

Es necesario reconocer la diferencia entre el altruismo y la solidaridad. El altruista ayuda al otro al considerar que su sufrimiento podría ser padecido por él. La solidaridad trasciende esta situación puntual y reconoce el sufrimiento del otro como propio; responde al deseo de evitar lo degradante y de sentirse bien consigo mismo y con el otro. Así, la solidaridad es recíproca y está relacionada con la compasión, más allá de la caridad, pues "la persona compasiva sigue siendo totalmente consciente de la distinción entre su propia vida y la de la persona que sufre y busca el bien para aquel que sufre en tanto que persona separada que ha entrado a formar parte de su propio esquema de objetivos y proyectos" (Nussbaum, 2008, p. 376).

Al hablar de hacerse cargo de ese otro distinto, de responsabilizarse por su dolor, es importante retomar a Levinas y su encuentro con el rostro del otro: "La responsabilidad del

otro no surge de un dar razón de, sino de responder a interpelaciones-pretensiones de otro, responder que se presenta como una forma de entrega" (Waldenfels, 1999, p. 234). Levinas advierte cómo, en la apertura del ser, el otro puede estar parcialmente negado, ya que en la medida que se utiliza la violencia se le niega su independencia y autonomía, y se pretende borrarlo mediante una muerte real o simbólica. Cuando se ve el rostro del otro y se le da el lugar de sujeto, se genera un límite; la humanidad es este reconocimiento: "Estar en relación con otro cara a cara es no poder matar" (Levinas, 1993, p. 21).

El encuentro con el rostro del otro implica hacerse responsable de él allí donde está desnudo, despojado, solo, en un estado de indefensión. Una persona puede ser con el otro y construir lazos solidarios, o en su lugar puede destruirlo desde el goce y la muerte. Cuando realmente se ve el rostro del otro, no es posible ser indiferente. Allí la solidaridad cobra sentido, puesto que referirse a la intersubjetividad y a un lazo ético que une implica comprometerse con el dolor del otro, no hacerle daño, abrir el círculo cerrado de la vida privada y responsabilizarse de cualquier persona. El acto solidario implica limitar los deseos individualistas y la agresividad propia, para encontrarse con el otro y lograr construcciones conjuntas.

En este orden de ideas, es importante recoger algunos elementos que plantea Nussbaum (2008) alrededor de la compasión como reconocimiento de la humanidad, lo que implica ser consciente del sufrimiento inmerecido del otro, tener una real magnitud de lo sucedido y reconocer las posibilidades y vulnerabilidades de la persona en dicho evento, lo que conlleva el reconocimiento propio de ese sufrimiento, ya que en cualquier momento puede estar en el mismo lugar. La solidaridad no está dada, no es algo natural; es necesario ponerse en un lugar distinto para el encuentro con otros, tener esa consciencia de su dolor, que a su vez da cuenta de la vulnerabilidad propia.

En situaciones adversas, se hacen llamados a la solidaridad; sin embargo, la responsabilidad a la que alude Levinas implica ser solidario no solo en momentos críticos y se abre a cualquier situación en la que el otro pueda ser vulnerable o no, es decir, ser consciente de la responsabilidad que se tiene en una interacción. El vínculo con el otro es complejo, pues hay dificultades para construir colectivamente, ya que implica poner límites a los deseos individuales, a las posturas propias y a las ra-

zones subjetivas, para darle cabida a la diferencia y al diálogo.

Pensar en una solidaridad que apunta a reconocer la vulnerabilidad propia y la del semejante trae consigo nuevos retos para el sector de la economía social y solidaria, en la medida que no es sólo una acción puntual o local, sino una acción que reconoce al rostro del otro, y ello implica a cualquier ser humano, de cualquier lugar, de cualquier apuesta. Ello abre preguntas a la cerrada agremiación y genera acciones más amplias y públicas de transformación social, y de acción en pro del bienestar y de la vida digna.

La cultura implica un límite de la agresión, un vínculo con el otro que no necesariamente es solidario

Cuando hablamos de solidaridad, es importante reconocer que la necesidad del otro para sobrevivir no habla de un lazo social solidario, sino que dicho lazo da cuenta de la renuncia a la pulsión para ingresar en la cultura y la emergencia del límite. En otras palabras, los seres humanos necesitan un lazo que permita la sobrevivencia de la especie; por lo tanto, el encuentro intersubjetivo no es una opción sino una necesidad, pues limita las pulsiones destructivas propias de lo humano. Por ello, siempre el lazo subjetivo entre las personas está atravesado por el conflicto, la crisis, la rabia, la envidia, la agresión. La pulsión, entonces, está presente al hablar de solidaridad, y se evidencia cómo Eros y Tánatos conviven y generan choque: “En todos los seres humanos están presentes unas tendencias destructivas, vale decir, antisociales y anticulturales, y que en gran número de personas poseen suficiente fuerza para determinar su conducta en la sociedad humana” (Freud, 1975, p. 7).

Pensar en un lazo solidarios es reconocer el lugar simbólico del otro y desde allí reconocerse como diferente, y no simplemente poner límite a las pulsiones “del lobo” (Correa, 1999): “La naturaleza amenaza al hombre desde dos vertientes incoercibles: la finitud del organismo y el hiperpoder del destino; y desde las relaciones con sus semejantes, el hombre debe hacer frente al hecho de ser un lobo para el hombre” (Correa, 1999, p. 36). El goce propio del ser humano es limitado por el lazo social, por una espera que detiene al lobo que se destruye a sí mismo y al otro, al lobo que no vincula. En esta mirada psicoanalítica es

posible reconocer que el ser humano por naturaleza no puede visualizar al otro como un ser diferente, ni a sí mismo como un ser de lazo, y para ello necesita la cultura, que potencia el lazo social al frenar los desfuegos del goce. Y a su vez, requiere una potenciación de la solidaridad y el encuentro con lo simbólico, que propende por una acción recíproca en la construcción colectiva.

Lo anterior evidencia que no es tan fácil definir la solidaridad en el ser humano, ya que necesitar del otro para vivir, del lazo social, no significa que dicho lazo sea solidario. Hablar de cultura y de lazo social implica reconocer la lucha constante entre las pulsiones de vida y muerte, entre la agresión y agregación con los otros. No es posible hablar de una solidaridad pura que evidencie un lazo social sin tensiones, sin altibajos, sin egoísmos y conflictos. Estas contradicciones constituyen al ser humano, y negarlas lleva a que aparezcan de manera más contundente, sin dejar lugar a la responsabilidad misma de los actos. Por ello es necesario reconocer esto, que también es humano, y hacerlo parte de las propuestas solidarias, el cambio, la acción y la transformación.

En momentos cuando se habla de solidaridad en la economía social y solidaria, pareciera que se negara a los sujetos, a eso propiamente humano que es conflictual con el otro; por ello hacer visible esta dicotomía de amor y odio, de vida y muerte, hace necesario darle un lugar, ponerlo en discusión, hacerlo consciente y visible. Ya que en ocasiones la apuesta asociativa no necesariamente falla por dificultades financieras, tecnológicas, administrativas, sino por el olvido de la humanidad propia de construir entre diferentes, de constituir lazos solidarios, y no únicamente limitar la agresión al otro.

La solidaridad es una virtud ética que se ejercita

Después de evidenciar la tendencia agresiva propia del ser humano, es necesario matizar que el hecho de ingresar en el lazo social no conlleva interacciones basadas en la solidaridad, pues estar con los otros requiere un límite de encuentro real con su dolor. En este sentido, es importante retomar los planteamientos de Aristóteles (2000) sobre la virtud (la ética), en los cuales define la solidaridad como una característica propia de un ser virtuoso; así, es posible hablar de virtud cuando hay acciones que dan cuenta de ella y que se hacen por voluntad propia, con firmeza y constancia. Ser

virtuoso es un asunto de hábito, implica una interiorización moral de responsabilidad frente al semejante; dicha interiorización detiene los sentimientos agresivos, pues permite ver en el otro a sí mismo.

En su libro *Ética a Nicómaco* Aristóteles hace una amplia disertación sobre las virtudes y la felicidad; esta última se refiere a obrar conforme a la razón perfecta, esto es, conforme a la virtud. Para Aristóteles, tanto las virtudes como los vicios son inclinaciones de todo ser humano y, por lo tanto, dependiendo de los hábitos del sujeto, pueden reforzarse o cambiarse: “Estas dos inclinaciones [bien y mal] comúnmente se hallan en los hombres, pero en unos más vivas que en otros, y así unos con más facilidad que otros obran un acto de virtud o vicio, de la misma manera que unos son más dóciles que otros de su naturaleza” (Aristóteles, 2000, p. 191). En palabras aristotélicas, la solidaridad como virtud no es un asunto natural sino de inclinaciones que se pueden ejercitar: “Ni naturalmente ni contra natura están las virtudes en nosotros, sino que somos naturalmente aptos para recibirlas, y por costumbre después las conformamos” (Aristóteles, 2000, p. 47). Los hábitos permiten estar bien o mal dispuestos, y allí se encuentran las virtudes, por lo que llegar a ser virtuoso implica ejercitarse en ello, en hacer el bien. Es un proceso cultural que se da con la educación, con hábitos que tienden hacia una vida más solidaria donde el otro es fundamental.

Pensar la solidaridad requiere dar cuenta de un punto medio entre lo colectivo y lo subjetivo, una apuesta que permita la manifestación de la subjetividad en las propuestas comunes, en la cual el sujeto se reconozca a sí mismo en el encuentro con otros. Esta búsqueda debería tener un efecto en doble vía: el sujeto solidario se piensa y genera cambios en lo íntimo, lo que, a su vez, se refleja en lo público. Sin embargo, esto no es tan lineal, y por ello es importante precisar la relación entre solidaridad y ética, ya que el trabajo común no necesariamente se interesa por el bien de una colectividad; al contrario, puede ser una unión al servicio de la exclusión, el racismo y la destrucción de las minorías. Por ello, hablar de solidaridad conlleva una pregunta por la dignidad, la ciudadanía del mundo, la transformación de las realidades. González hace una precisión en este sentido:

Una organización social no es, de cara a una transformación de la sociedad, un valor y un

mérito en sí mismo. En razón a qué, cómo se organiza y para qué se organiza, son cuestiones que dependen de la estimación que se le asigne. La propuesta de unión para acrecer la fuerza y la materialización de esto no es en principio garantía de avance hacia un mejor destino social. Un botón de muestra: regímenes retardatarios e inhumanos como el fascista o el nazi se unieron y organizaron eficazmente a la gente, constituyendo así una potentísima fuerza social al servicio de... lo peor (González, 2012, p. 7).

La cita anterior evidencia que para hablar de solidaridad se debe tener claridad sobre los límites éticos, y comprender que el dolor y el bienestar del otro son responsabilidad de todos y, por lo tanto, no hay lugar para la indiferencia frente a ninguna persona. Este lugar de la ética es de gran exigencia para la economía social y solidaria; no basta con hacer procesos asociativos, no es suficiente con estar juntos, se requiere tener claro el sentido de para qué y cómo se evidencia allí la solidaridad profesada.

La solidaridad se reconoce en la diferencia, se construye en el diálogo con el otro y se evidencia en la acción

La solidaridad genera una conciencia distinta de la construcción conjunta, de la acción colectiva de beneficio y proyección en el entorno, un foco para la acción; por lo tanto, cuando un sujeto se asume desde relaciones basadas en la solidaridad, tiene mayores argumentos y precisiones a la hora de actuar; sus prácticas son conscientes, emergen responsablemente como una opción de vida, diferenciándose de las imposiciones del contexto. Dicha interacción no es plana y compacta; al contrario, reconoce los juegos de poder y sus conflictos intrínsecos.

Este ejercicio del poder es un aprendizaje constante, ya que para tener una relación regulada con el otro es fundamental ejercer el poder sobre sí mismo; una persona que abusa del semejante, o no lo tiene en cuenta, carece del reconocimiento de sí en primera instancia. En esa medida, la persona que no tiene un poder legítimo abusa de este con el fin de conseguirlo, imponiendo sus mandatos; ello se traduce en ser esclavo de sus apetitos, del mercado, de los objetos, de los abusos, de la ambición; por lo tanto, no hay un límite del poder, no hay una regulación, no se da a sí mismo un lugar como sujeto, y en esa medida el otro tampoco ocupa dicho lugar.

En esta vía, pensar la solidaridad como construcción con el otro implica pensarse a sí mismo, reconocer los propios deseos, sueños, búsquedas, y desde allí abrirse a lo colectivo. Darse un lugar a sí mismo va más allá de los discursos de “tú puedes”: es reconocerse como sujeto en construcción, es darse amor; un amor con límites, un amor consciente del cuidado, pues al pensar en sí mismo se piensa en los demás, reconociendo que siempre se es el otro del otro. La solidaridad lleva implícita una relación de poder entre sujetos libres.

Una sociedad con relaciones totalitarias, violentas, no puede hablar de solidaridad porque no permite el encuentro entre sujetos, sino que se da una manipulación de masas, una anulación, una homogenización de la diferencia. La violencia delata la poca libertad que se ejerce: se es tan poco libre que no se soporta la confrontación y la diferencia, por lo tanto se la tiene que exterminar; se reconoce tan poco a sí mismo, que necesita que los otros no puedan brillar. En este sentido, Arendt dice: “Por eso quien domina sobre los demás y es, pues, por principio distinto de ellos, puede que sea más feliz y digno de envidia que aquellos a los que domina pero no más libre” (Arendt, 1997, p. 70).

Un ser solidario se distancia de la esclavitud, esa en la cual el sujeto está al servicio de sí mismo y de sus deseos, sin lograr poner límites, lo que en la interacción con otros no permite el reconocimiento de la diferencia, la confrontación y las posturas críticas. Cuán esclavos son los humanos de la lucidez propia, el éxito y los logros personales; cuán esclavos son de esa mirada privada que olvida que el mundo está afuera, con el otro, con la diversidad, con lo público.

Por ello, cuando se habla de solidaridad se reconocen las relaciones de poder dadas, las cuales incluyen al semejante en su libertad, su diferencia, su diversidad, lo que implica, asimismo, vivir el conflicto y los bemoles de la interacción. Esto contrasta con el autismo del mercado, donde el otro no es sujeto y sólo existe en la medida que consume y acumula capital; se diferencia de la soledad del régimen totalitarista que anula la identidad en la masa al destruir al otro en su intimidad, que genera un desarraigo del mundo y lo hace sentir deplorable como humano, provocando en él una soledad infinita que no permite el encuentro, pues está aislado en un individualismo gregario: “Comprimidos los unos contra los otros, cada uno está absolutamente aislado de todos los demás” (Arendt, 2005, p. 4).

El mundo común se acaba cuando se acaba la diferencia; es decir, llegar a acuerdos, cercanías y proximidades, tiene implícito que hay posturas diversas, disensos y diferencias. Ya que sino fuera por dicha diversidad, solo habría una verdad, la certeza de una sola postura, de una única mirada; y por lo tanto pensarse en términos de la verdad, da cuenta de un aislamiento que no escucha al otro. En esta medida, sólo cuando se le da lugar a la palabra hay un encuentro con el otro; la palabra permite el lazo social, el acuerdo y el disenso, ya que cuando la intersubjetividad no es mediada de manera simbólica, se genera violencia: “Sólo la pura violencia es muda” (Arendt, 2005, p. 40).

El silencio y la soledad no permiten establecer vínculos, entendiendo el silencio como aquella circunstancia en la que no se reconoce la palabra del otro, sus posturas, sus búsquedas, y la soledad como una situación en la que no hay posibilidades de interacción, y por lo tanto no es posible el surgimiento de la solidaridad como una acción que busca la construcción común, el diálogo entre diferentes, y que permite encontrar caminos para mejorar las condiciones de vida de todos. Cuando se habla de silencio y soledad, no se hace referencia a esos momentos necesarios del sujeto para encontrarse consigo mismo, sino a un aislamiento que obtura la palabra, la diversidad, el encuentro... que no genera preguntas respecto al sentido de una vida digna para todos, en cuyo caso el dolor del otro es un asunto público, de soluciones colectivas, de nuevas opciones más solidarias.

El silencio también puede ser una palabra vacía, sin significado, sin intermediación simbólica; por ello, más allá de un discurso sobre la solidaridad, es necesaria la acción; en palabras de Arendt (2005), el real nacimiento que genera cambios. Esta acción que permite cambios no es un hecho biológico repetitivo, sino que involucra un reaparecer en el que se resignifica la vida desde una nueva acción, desde cambios radicales y conscientes relacionados con cómo aparecer en el mundo. Ello implica tomar una postura autónoma en la existencia, que trascienda la continuidad sin preguntas y la inercia de hacer lo que hay que hacer, lo que se debe hacer, lo que es correcto para una sociedad dominante. En este sentido, la acción solidaria requiere repensar el vínculo con el otro, ser consciente desde la palabra, la intermediación simbólica, los puntos comunes y las lejanías. Así, la acción sólo es posible cuando se acompaña de la palabra, de una palabra verdadera que atraviesa el ser y une con el otro.

La acción, sin embargo, sólo es política si va acompañada de la palabra (lexis), del discurso. Y ello porque, en la medida en que siempre percibimos el mundo desde la distinta posición que ocupamos en él, sólo podemos experimentarlo como mundo común en el habla. Sólo hablando es posible comprender, desde todas las posiciones, cómo es realmente el mundo. El mundo es pues lo que está entre nosotros, lo que nos separa y nos une (Arendt, 1997, p. 12).

Una acción es un inicio, y no siempre es posible predecir su final. Dicha acción involucra al semejante: aunque sea un acto subjetivo, es necesario que otros aporten a su nacimiento; es una acción en público, un nuevo aparecer en el entre-nos, al ser un acto de libertad que se la juega en el escenario privado pero repercute definitivamente en lo público. La solidaridad es una verdadera acción; por lo tanto, va más allá de la idea común de que es un deber ocuparse del otro. Es una postura subjetiva, libre y autónoma, que consiste en preguntarse y actuar con el otro; es un verdadero nacimiento al bien común.

Por lo tanto, el sector de la economía solidaria necesita reconocer la solidaridad como acción política, en la medida que genera una transformación en la vida de las personas y, desde allí, un cuestionamiento a las estructuras sociales. Respecto a la acción como un aspecto fundamental para pensar lo público y su transformación, Arendt dice: “La acción, a diferencia de la fabricación, nunca es posible en aislamiento; estar aislado es lo mismo que carecer de la capacidad de actuar. La acción y el discurso necesitan la presencia de otros” (Arendt, 2005, p. 212).

Pensar la solidaridad desde la acción cotidiana, es un asunto que trasciende el discurso para hacerse efectivo en la interacción, en el vínculo, en lo público, en la construcción con otros, en el uso de la libertad:

Los humanos sólo son libres mientras actúan, nunca antes ni después, porque ser libre y actuar es una y la misma cosa [...] Así, pues, en política lo que está en juego no es la vida sino el mundo, como espacio de aparición. De ahí que no quepa considerar a quien actúa como alguien preexistente, aislado, soberano y autónomo, puesto que lo que aquí está sobre el tapete es precisamente la libertad como realidad política (Arendt, 1997, p. 20).

Al referirse a lo público, Arendt define el mundo común como el “espacio” en el que se da el encuentro entre sujetos, entre personas,

no entre objetos o cosas de esas que se destruyen. En palabras de Levinas, un *encuentro entre rostros*; es decir, un juego entre lo íntimo y lo público en el que no se privatiza la acción sino que se hace visible.

Siendo un reto para el sector de la economía social y solidaria, pensar la solidaridad en un sentido amplio desde el reconocimiento de lo público da cuenta de una igualdad política que, a su vez, permite el reconocimiento de la pluralidad. Lo público va más allá de la unidad de pensamiento, de las certezas sobre posturas alternativas, de la convicción de tener la razón, de la valoración de una sola postura... La política es la polifonía, esa que muestra que no es posible acallar la diferencia, esa que muestra lo difícil que es llegar a acuerdos con el otro al tener miradas disímiles, esa que le hace preguntas a las convicciones y principios para escuchar la voz de los otros, esa que no tiene una sola postura o ideología y reta al acuerdo. Por eso la política se hace en el entre-nos, ese entre-nos del lazo, de la solidaridad, de ser con el otro. La responsabilidad de los cambios está en las personas, en sus acciones, en el nacimiento de nuevas formas de hacer las cosas, en el deseo de ser libres: “El sentido de la política es la libertad” (Arendt, 1997, p. 61).

A modo de cierre

Esta reflexión más filosófica es una pregunta por la solidaridad y los retos que trae al sector de la economía solidaria comprometerse con ella; más allá de un discurso que habla de la importancia del otro, es una pregunta ética que desde la intimidad se abre la acción, al nacimiento y al encuentro con la diversidad, lo que implica construir con el otro desde el fortalecimiento del lazo social. Una solidaridad que reconoce el conflicto propio del lazo entre los seres humanos, y como el construir con otros implica una postura crítica y consciente para detener el “lobo” y permitir el fortalecimiento de un vínculo social solidario. Y en esa vía la solidaridad es una virtud que se ejercita, se enseña, se vive en la interacción con el otro, en el reconocimiento de su rostro, de su vulnerabilidad y la propia; lo que se aleja de la mirada altruista y caritativa, y en su lugar le hace una pregunta ética a la acción colectiva, en la medida que construir juntos implica construir desde la diferencia. Esta solidaridad requiere preguntarse por el otro en lo íntimo, en la interacción con el otro y en la acción en lo público; no es posible hablar de transformacio-

nes si no atraviesan la vida misma y potencian el nacimiento del cambio.

La solidaridad exige una mirada ética que determine la acción solidaria para la búsqueda de apuestas subjetivas y colectivas. Se da un lugar fundamental al reconocimiento del otro como sujeto diferente, según el cual su dolor e indignidad son propios; por lo tanto, esta noción de solidaridad va en la vía de potenciar el vínculo social y mejorar la calidad de vida del colectivo desde una acción política, libre y autónoma, en la cual todos asumen la responsabilidad de alcanzar una vida más digna, aceptando la incompletud, las relaciones de poder, el conflicto y la agresión como posibilidades. Esta solidaridad se rige por el nacimiento de nuevas propuestas que implican la mediación simbólica, y deja atrás la soledad, el silencio y la esclavitud; se asume el sujeto como dueño de la transformación que se la juega en el ámbito de lo íntimo y lo público, una transformación subjetiva fundamental en la mirada solidaria con el otro, en el deseo de ser libre.

La economía solidaria no puede preguntarse por la sostenibilidad, la asociatividad, por otro mundo posible, si no se pregunta por las personas: Por su subjetividad, sus miedos, sus retos y conflictos; ya que son la base de la acción transformadora de lo público.

Referencias

- ARENDRT, H. 2005. *La condición humana*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 366 p.
- ARENDRT, H. 1997. *Qué es la política*. Buenos Aires, E. Paidós, 156 p.
- ARISTÓTELES. 2000. *Ética nicomáquea*. México, Editorial Porrúa, 319 p.
- ATEHORTUA RIVERA, K.J. 2009. *La experiencia humana de la solidaridad en la constitución del sujeto político*. Sabaneta, Maestría en Educación y Desarrollo Humano, Universidad de Manizales – CINDE, 114 p.
- CORREA, J.E. 1999. El malestar en la cultura. *Revista Trazos: Lo social y el síntoma*, 2:36-46.
- FREUD, S. 1975. *El porvenir de una ilusión*. Buenos Aires – Madrid, Amorrortu Editores, 290 p. (Obras Completas, vol. XXI, p. 1-55).
- FREUD, S. 1975. *El malestar en la cultura*. Buenos Aires – Madrid, Amorrortu Editores, 290 p. (Obras Completas, vol. XXI, p. 57-140).
- GONZÁLEZ, C.M. 2012. Destinos del Cooperativismo en el contexto de la sociedad capitalista. *Periódico Desde Abajo: Suplemento de economía cooperativa y solidaria*, 98:7-9.
- LEVINAS, E. 1993. *Entre nosotros, ensayos para pensar en otro*. Valencia, Pre-Textos, 289 p.
- LIPOVETSKY, G. 1994. *El crepúsculo del deber: La ética indolosa de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona, Editorial Anagrama, 289 p.
- LUNA, M.T. 2006. *La intimidad y la experiencia en lo público*. Medellín. Doctorado. Universidad de Manizales – CINDE, 156 p.
- NUSSBAUM, M.C. 2008. *Paisajes del pensamiento: La inteligencia de las emociones*. Barcelona, Editorial Paidós, 798 p.
- WALDENFELS, B. 1999. La alteridad del otro en los últimos escritos de Levinas. *Revista Estudios de Filosofía*, Medellín, 19-20:231-240.
- ZULETA, E. 1985. *Educación y democracia: Un campo de combate*. Entrevista realizada en 1985. La mayor parte de ella es inédita, algunas partes fueron publicadas en la revista Educación y Cultura de la Federación Colombiana de Educadores. Ed. O.B. Virtual, 121 p.

Submitido: 18/05/2015
Aceptado: 04/09/2015